



# EL VIAJE DE PAU

*Benjamín Recacha García*

© Benjamín Recacha García, 2013

2.<sup>a</sup> edición: marzo de 2014

<http://benjaminrecacha.com>

Diseño de portada y contraportada:

Fran & Benjamín Recacha

Ilustraciones de portada y contraportada:

Fragmentos de la obra *Vida nueva*,  
de Fran Recacha

ISBN: 978-84-616-5765-0

Depósito legal: B-6557-2013

*“Hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza por el olvido y se termina en la indiferencia”*  
(José Saramago)

*“En cuanto alguien comprende que obedecer leyes injustas es contrario a su dignidad de hombre, ninguna tiranía puede dominarle”*  
(Mahatma Gandhi)

*“La dignidad es el respeto que una persona tiene de sí misma y quien la tiene no puede hacer nada que lo vuelva despreciable a sus propios ojos”*  
(Concepción Arenal)

*“Aunque el otoño de la historia cubra vuestras tumbas con el aparente polvo del olvido, jamás renunciaremos ni al más viejo de nuestros sueños”*  
(Miguel Hernández)



## Nota del autor

El viaje de Pau empezó hace unos cinco años, en el autobús que me llevaba del trabajo a casa, de Montcada i Reixac a Badalona. Tenía una nueva libretita que había editado la Generalitat con motivo del Día internacional contra la violencia machista y un día decidí que era un buen lugar donde comenzar a explicar la historia de Pau.

Ha sido un viaje largo, sobre todo porque ha sufrido largas interrupciones. Anteriormente ya había iniciado lo que pretendía que fueran novelas, pero pronto acababa por quedarme sin argumentos. Esta vez, sin embargo, estaba bastante seguro de que iba a acabarla. Y la oportunidad llegó al quedarme en paro.

Al principio el viaje de Pau iba a ser muy sencillo. Un cambio de vida: dejar la ciudad y su rutina frenética pero monótona por la tranquilidad de un pueblecito de montaña. Tenía claro que ese pueblecito iba a ser Bielsa y su valle de Pineta, el lugar donde pasé los veranos más felices de mi infancia y adolescencia, y que siempre consideraré el sitio más bonito del mundo, forrado de bosques interminables y coronado por montañas impresionantes.

Empecé a buscar información sobre la vida de los pastores en el Pirineo Aragonés y entonces topé con la Bolsa de Bielsa. Al principio creí que se trataba de algún tipo de mercado de ganado, pero en realidad fue uno de los episodios de la Guerra Civil más destacados de los que ocurrieron en el Pirineo. La Bolsa fue el último reducto

de resistencia de la República en Aragón, en el que la población civil jugó un papel fundamental. Unos 7.000 milicianos sin recursos materiales aguantaron durante meses el hostigamiento continuo del poderoso ejército franquista, refugiados entre las montañas, pero atrapados entre el fuego enemigo y la frontera francesa, que fue cerrada al abastecimiento militar.

Cuando la situación se volvió insostenible, la 43 división republicana decidió retirarse a Francia, evacuando antes a la población civil, miles de personas que cruzaron la frontera a través de montañas de más de 2.500 metros de altura, dejando atrás pueblos abandonados que serían arrasados por las bombas fascistas.

Tal descubrimiento histórico me dio argumentos para construir una trama más compleja que la original, de forma que el viaje de Pau sería no sólo un desplazamiento físico, sino también temporal, pero, sobre todo, un viaje interior que le supondrá al protagonista un impagable aprendizaje humano. En este recorrido tienen un papel primordial Sandra, una joven vital y espontánea, pero que arrastra una situación personal muy dura, y, sobre todo, Diego, el pastor.

*El viaje de Pau* es una historia de amor por la vida y por la naturaleza, un homenaje a las gentes del monte, y un reclamo de justicia para todas aquellas personas, miles en toda España, que todavía no saben qué pasó con sus familiares represaliados por la dictadura. La Guerra Civil acabó hace más de 70 años, pero hay mucha gente que, lamentablemente, aún hoy en día sufre sus consecuencias sin que los poderes públicos muestren el más mínimo interés por curar sus heridas.

Sólo gracias a las iniciativas surgidas desde la sociedad civil está siendo posible que algunas de esas víctimas por fin obtengan las respuestas que siempre se les han negado en aras de una supuesta paz que, en realidad, sólo disfrutaron los vencedores de aquella terrible contienda.

Espero que os guste. ¡Buen viaje!

Benjamín Recacha García

Junio de 2013

## Capítulo I

El paisaje es espectacular. Veo montañas y más montañas que se pierden en el horizonte; decenas de picos bajo mis pies. Me siento poderoso, más vivo que nunca, capaz de cualquier cosa que me proponga. De repente tengo la certeza de que soy capaz de volar, de que si salto al vacío y extendiendo mis brazos planearé con la misma facilidad que un águila.

Salto. Sé que puedo volar. Extiendo los brazos. Lo único que tengo que hacer es bracear como si fuera a nadar y estaré volando. No lo dudo ni un instante; soy todopoderoso. Me siento como un delfín en el agua. Vuelo... Estoy volando y es como si lo hubiera hecho toda la vida.

Me lanzo en picado, giro en el vacío, braceo y avanzo con la misma facilidad que si estuviera buceando, sólo que a mi alrededor no hay más que aire. Ahora recupero altura, como si quisiera salir a la superficie, para a continuación dejarme volver a caer. Qué sensación tan maravillosa... Por primera vez en mi vida soy absolutamente libre. No quiero que acabe nunca...

Suena el teléfono. Maldita sea, otra vez estaba soñando despierto. Me gustaría tanto ser capaz de volar... Mandarlo todo a paseo y perderme entre las nubes... Tengo que contestar.

— ¿Sí?

— Señor Valverde, le llama Robert Manheim de Brain Corporation.

— Ah, bien. Gracias Rosa, dígame que lo llamo en unos minutos.

He estado a punto de dar el paso muchas veces. Iniciar una nueva vida; partir desde cero, pero siempre, en el último momento, me ha faltado valor.

Si lo piensas bien, por muy agobiado que estés, tienes una vida cómoda: un trabajo más o menos bien pagado y que no requiere un gran esfuerzo; una pareja que te soporta e incluso a veces se muestra cariñosa; tal vez hijos (tengo entendido que ser padre puede ser muy gratificante); un grupo fiel de amigos, aunque con el paso del tiempo cada vez tenéis menos cosas interesantes de qué hablar; los colegas del equipo de fútbol sala, a la mayoría de los cuales no confiarías ni el cuidado de los mosquitos que te amargan las pegajosas noches de verano, pero con quienes compartes buenos ratos regados de cerveza.

Joder, lo admito, mi vida no está mal; es más, está bastante bien. Y esa certeza cobarde es la que me impide dar el salto. Pero es que me aburro tanto...

Tengo 35 años. Todavía soy joven, y más hoy en día, que a cualquier carcamal de 70 se le considera 'maduro'. Pero siento que estoy desperdiciando mi vida. No es que vaya por ahí deambulando como un zombi, moviéndome por la inercia de los hábitos adquiridos. No es eso. A ver, me río, tengo sentimientos y todo eso, pero es una sensación inherente a todo lo que hago. Es como si inconscientemente me cuestionara cada cosa que hago, por muy intrascendente que sea. Una vocecilla interior, casi inaudible pero persistente me repite una y otra vez "¡Qué aburrimiento! Mándalo todo a paseo. Libérate".

En fin, que aquí estoy. Sentado en mi cómoda silla de mi cómoda oficina ubicada en uno de los edificios más modernos de una de las zonas de negocios más dinámicas de Barcelona, dejando pasar los minutos que faltan para que concluya mi cómoda jornada laboral de asistente de dirección de proyectos de comunicación de Thinkclear, S.A... "Piensa claro", qué ironía.

Llevo cuatro años participando activamente en el desarrollo de la política de comunicación de una compañía cuyo nombre parece un mensaje de mi vocecilla interior. ¿Que qué hacemos? No tiene mucho misterio. A grandes rasgos diré que a un par de yuppies espabilados se les ocurrió que vender mensajes de móvil 'prefabricados' podía



ser lucrativo... y acertaron de lleno. Yo, básicamente, me encargo de que todo el mundo sienta la necesidad imperiosa de utilizar nuestros sms y, por tanto, pague por ello. "Think clear" o, mejor dicho, "don't think", que nosotros lo hacemos por ti.

Resulta curioso cómo los humanos hemos llegado a simplificar nuestra existencia. Vivimos en una sociedad cada vez tecnológicamente más compleja, pero nuestra vida cotidiana es de lo más simple, carente casi por completo de sorpresas. ¡Pero si ni siquiera somos capaces de escribir nuestros propios mensajes de móvil! Bueno, yo sí escribo algunos. Aunque no trabajo en el departamento creativo, algunas de mis ideas han acabado circulando de móvil en móvil.

Lo que más me sorprende, de todas formas, es que hemos perdido la capacidad de cuestionarnos nuestras propias acciones. Damos por bueno lo que tenemos y nos produce pereza el siquiera plantearnos la posibilidad de una vida diferente. Definitivamente, yo quiero probar otra cosa.

Me voy a comer.

—Rosa, me voy ya. Esta tarde no vendré. No me encuentro muy bien. Por favor, a no ser que dependa de mí la salvación del planeta, no me pase ninguna llamada.

—De acuerdo. ¿Qué hago con el señor Manheim?

—¿Manheim...? Ah, ya. Si vuelve a llamar le dice que he tenido que salir y que ya no vendré hasta mañana.

—Muy bien, no se preocupe y recupérese.

—Gracias, Rosa. Hasta mañana.

—Adiós.

Rosa Feliu. Secretaria abnegada del departamento. 55 años. Felizmente casada con su marido... y con su trabajo. Es el ejemplo perfecto de producto de nuestra sociedad actual. Asume su papel sin cuestionarse nada: esposa modélica, trabajadora subordinada modélica, y desde hace algunos meses, también abuela modélica, como acredita con la foto de su hija y el bebé que la acompaña, que adorna una de las esquinas de su mesa.

¡Mierda! Acabo de recordar que he quedado para comer con Alfredo. No me apetece demasiado, la verdad. Es la típica persona cuya mayor ilusión es tener un cochazo y ver los partidos del Madrid. Es de los forofos fanáticos, de los que se ponen la camiseta

de Raúl delante de la tele. Así que ya sé sobre qué temas tratará la conversación.

.....

Alfredo es un colega de toda la vida. Lo conocí en el instituto y estudiamos juntos la carrera de márketing y publicidad. Le tengo aprecio porque son muchos años de relación, pero, si soy sincero, no puedo decir que sea mi amigo. Tenemos inquietudes muy diferentes, aunque, a la hora de la verdad, nuestra rutina es muy parecida. Como la de tanta gente.

— ¡Hey! ¿Qué tal, Pau?

— Hola, Alfredo. Pues ya ves, aquí estamos. ¿Entramos?

Bar-restaurant 'L'Àpat'. Un buen negocio. Menú a 10 euros; buena comida y camareras guapas. Lo ideal para los cientos de ejecutivos que hacen parada en él cada día.

— Y qué, ¿tendremos el honor de contar con su presencia en el próximo partido de 'Las iguanas azules'?

'Las iguanas azules'. El surrealista nombre del equipo de fútbol sala que supuestamente contribuye a mantener mis michelines a raya. El problema es que, por unas cosas u otras, hace más de un mes que no asisto a la cita semanal de los domingos. Alfredo es el impulsor y principal culpable de que 'las iguanas' continuemos arrastrándonos (a menudo es literal) por las pistas polideportivas de Barcelona.

— Intentaré montármelo para poder ir. La verdad es que me apetece darle un poco de marcha al cuerpo.

La pura realidad es que últimamente no hago todo lo posible por asistir a los partidos porque cada vez que juego acabo destrozado. Uno ya va teniendo una edad y empiezo a no verle la gracia a pasarme una semana sin poder moverme por el esfuerzo de media hora corriendo detrás de una pelotita. Total, la cervecita con los colegas me la puedo tomar igual sin necesidad de castigarme.

— Mañana, partido de Champions. Le vamos a dar una buena al Manchester United.

— Ya está con su Madrid.

— Bueno, ya veremos.

A mí, hasta no hace mucho, también me volvía loco el fútbol, pero he dejado de verle el encanto. Supongo que ha llegado un momento

en que siento que es una parte más de la misma rutina aburrida en que se ha convertido mi vida.

Alfredo, en cambio, está entusiasmado. Habla sin parar del partido, analizando las virtudes y defectos de cada equipo, argumentando por qué está tan seguro de que el Madrid barrerá del campo a los ingleses.

Definitivamente, yo he perdido la pasión por todo lo que años atrás me entusiasmaba: el fútbol, mi carrera, salir con los colegas, mi aspecto físico...

Entre bocado de lenguado a la naranja y sorbo de un tinto de la casa bastante aceptable oigo hablar a Alfredo, pero ya hace rato que no le escucho. Sé que no es culpa suya el haber dejado de resultarme mínimamente interesante.

Miro alrededor y tengo la sensación de que en todas las mesas se repite la misma conversación insulsa. Veo a jóvenes ejecutivos de pelo engominado y aburridos trajes, y a otros menos jóvenes, con los mismos trajes aburridos pero menos pelo para engominar. Instintivamente me toco la cabeza. Hago una mueca al comprobar que no es precisamente melena lo que estoy palpando. Parece que el aburrido devenir en que se ha convertido mi vida ha acabado afectando incluso a mi cabello.

Continúo paseando la mirada y veo en una mesa, junto a la ventana más cercana, a una pareja que charla sobre algún tema intrascendente. Él, hombre de unos 50 años, con cara de querer hacerse el interesante, pelo gris muy corto, barba de dos días, moreno de cabina de rayos UVA, traje elegante. Ella, chica joven, de unos 25 años, con toda la pinta de ser su secretaria, hace todo lo posible por aparentar interés. No pegan ni con cola, pero él no duda en tirarle los tejos de manera descarada. Ella es atractiva y lo sabe, pero me resisto a creer que utilice sus encantos para 'ascender' profesionalmente.

Más bien, pienso que el flirteo es una de las pocas válvulas de escape que le quedan al ejecutivo de traje elegante. Me lo imagino llegando a casa a las 8 de la tarde, donde no le espera nadie porque su mujer está aún más absorbida que él por el trabajo y, un día más, ha tenido que quedarse a acabar unas cosas urgentes en la oficina. Deja el maletín, coloca el traje en el perchero y se da una ducha. Prepara en el microondas un paquete cualquiera de comida precocinada y ce-

na solo mientras ve el telediario o el partido de turno. Cuando acaba friega el plato y se desparrama en el sofá mientras espera a que el sueño le venza. A punto ya de irse a la cama, llega su mujer, se besan asépticamente y se dan las buenas noches. Él se va a dormir y ella vuelve a darle trabajo al microondas.

Definitivamente, flirtear con la joven y atractiva secretaria es de las últimas alegrías que quedan en su solitaria vida.

Algunos años atrás planearon tener hijos, pero el ritmo trepidante de sus vidas laborales no lo permitió y, ahora, llegados a los 50, es demasiado tarde.

Yo tampoco tengo hijos. No sé si quiero, pero lo que sí tengo claro es que Amanda no contempla la posibilidad. Llevamos cuatro años viviendo juntos, pero tengo la incómoda sensación de que todavía no la conozco. Prácticamente no hacemos nada juntos. Coincidimos un instante cada noche y por la mañana compartimos un café rápido antes de que cada uno marche por su camino.

Ella está monopolizada por su trabajo. Es abogada, y hace un par de años emprendió la aventura, junto con dos colegas, de abrir su propio bufete, cosa que la ocupa un mínimo de doce horas diarias. Total, que eso de que vivimos juntos es una forma de hablar.

Ya no sé si la quiero. Le tengo cariño, claro que sí, aunque sólo sea porque el primer año de relación estuvo muy bien, justo hasta que decidimos que se mudara a mi piso. Desde entonces, la relación se ha ido enfriando, hasta resultar prácticamente inexistente.

Compartimos cama, pero únicamente dormimos en ella. Ni siquiera los fines de semana hacemos vida en común. Ella trabaja los sábados, y muchos domingos también. Pero incluso los escasos días que tiene libres, cada uno realiza actividades diferentes, excepto, quizás, comer y ver alguna peli en el sofá.

¿Cómo no va a flirtear con su secretaria? Es lógico que intente evitar que los últimos granos de juventud que le quedan se le escapen entre los dedos.

—Pau, ¿te pasa algo? Llevas media hora embobado y prácticamente no has dicho una palabra desde que hemos llegado.

—Perdona, es que hoy no ando muy fino, pero no pasa nada. Dime, ¿qué tal están Lidia y los críos?

.....

Amanda es mi tercera relación seria. He salido con más mujeres, pero sólo he tenido tres parejas. A la primera, Montse, la conocí en la facultad. Era una tía muy simpática, guapa e inteligente. Siempre le pedía los apuntes, y ella siempre me los dejaba. Un día le pedí una cita, y también me la dio. Era genial. Demasiado genial. Lo pasamos de fábula durante todo el tercer curso, hasta que un día decidió compartir apuntes... y fluidos corporales, con otro compañero de clase más alto, más fuerte y más guapo que yo. Un día los pillé enjabonándose mutuamente en el vestuario del gimnasio de la universidad. En su defensa, debo decir que era tarde y no había nadie más en el complejo, así que creían estar solos. Ellos, muy concentrados en lo suyo, no me vieron. Desde aquel día no volví a pedirle más apuntes a Montse.

Me ahorro los detalles de la ruptura, aunque a ella no pareció afectarle demasiado, ya que, junto a su nuevo juguete con bíceps, no dudaban en montar numeritos en cantidad de lugares públicos. Aquello me dejó muy tocado, y estuve bastante tiempo fuera de circulación. Durante todo el último curso de la carrera no quise saber nada de mujeres. Supongo que eso ayudó a que mis notas mejoraran exponencialmente. Tenía mucho tiempo para estudiar.

Laia fue mi segundo amor. Al acabar la carrera, y gracias a mis magníficas calificaciones académicas, conseguí un trabajo bastante decente en el departamento de comunicación de una importante agencia de publicidad catalana. Estuve tres meses de prácticas; les gusté, y me ofrecieron un contrato indefinido cobrando 150.000 pesetas mensuales. Teniendo en cuenta que era 1992 y que acababa de licenciarme, se trataba de un verdadero chollo. En el departamento había muy buen ambiente y enseguida hice buenas migas con tres de mis compañeros: dos chicas, Laia y Ángela, y un chico, Jaume, que compartían piso. Al poco tiempo, el cuarto inquilino, un atleta profesional cubano con pasaporte español, se mudó a una vivienda propia, conseguida gracias a sus éxitos deportivos, y me invitaron a cubrir la vacante. No me lo pensé, y la verdad es que aquellos tres años fueron los mejores de mi vida.

Lo pasábamos bien en el trabajo y en casa. Ellos tenían una vida social muy rica, de manera que siempre estábamos celebrando algo, de fiesta en fiesta, a veces en nuestro bonito piso del barrio de

Gràcia, y otras veces por ahí.

No tardé en enamorarme como un tonto de Laia, una chica un par de años mayor que yo con un encanto especial. Era de esas personas que, sin ser especialmente atractiva físicamente, sin destacar a primera vista, a medida que la vas conociendo te va atrapando, hasta que se convierte en la más guapa, la más sexy, la más simpática y la más inteligente. Su fuerte personalidad y su carácter extrovertido le otorgaban un magnetismo irresistible.

Ella se dio cuenta rápidamente de mi estado de embobamiento y, aunque al principio sólo tonteaba conmigo —lo que me desesperaba—, a los tres meses de mudarme ya dormíamos juntos. Joder con Laia. Qué bien lo pasamos...

Llegó un momento en que estaba convencido de que era la mujer de mi vida. Nos imaginaba viviendo en nuestra propia casa y criando a dos adorables niños. Pero nunca me atreví a planteárselo. La veía tan feliz que tenía miedo de estropearlo todo.

Un 15 de octubre, lo recuerdo como si fuera ayer, regresé a casa después de haber estado en París tres días, con motivo de una feria de publicidad. Era un viernes. En principio tendría que haberme quedado hasta el sábado, pero las cosas nos habían ido tan bien que mi jefe me dejó volver antes.

Quise darle una sorpresa a Laia, así que no la avisé. Total, que llego a las ocho de la tarde con mi cara de bobo enamorado, un enorme ramo de flores y una botella de champán francés, y me encuentro en el comedor a Laia, Ángela, Jaume y el atleta hispano-cubano en plena orgía.

Con evidentes signos de euforia, fruto, sin duda, de la combinación de sustancias estupefacientes varias y la mucha energía sexual en circulación, me invitaron a unirme a la fiesta, pero yo no podía asumir aquella realidad; no podía soportar aquella traición. En fin, que no se me ocurrió otra cosa que embestir, como un carnero en celo (cuernos no me faltaban), al atleta, lanzador de jabalina —por cierto, muy bien dotado—, blandiendo la botella de champán con muy malas intenciones. Pero con tan mala suerte que tropecé con el pie izquierdo de Ángela, que estaba arrodillada en el suelo ante Jaume, y fui a golpearme en los “cuernos” contra la mesa. Lo siguiente que recuerdo es despertar en una cama del hospital de la

Vall d'Hebron con un dolor de cabeza terrible. La broma me había costado diez puntos de sutura en la frente, un fabuloso chichón y la pérdida total de mi orgullo masculino. Pero lo que más me dolía era el corazón.

Durante la semana que pasé hospitalizado, Laia, Ángela y Jaume me visitaron a diario. Laia incluso se quedó un par de noches. Hablamos de cosas intrascendentes, como si no hubiera sucedido nada, pero en realidad yo sólo pensaba en recuperarme y huir.

Una mañana estaba solo en la habitación, desayunando mientras veía la tele, cuando por poco no me ahogo con un trago de zumo de melocotón. En la pantalla aparecía el lanzador de jabalina hispanocubano, muy elegantemente vestido, aunque yo no podía dejar de imaginármelo completamente desnudo entre las piernas de Laia. Al parecer había ganado una medalla de plata en el campeonato de Europa de atletismo que acababa de celebrarse en Atenas y, junto a otros deportistas triunfadores en la cita (la mayoría nacionalizados vía decreto), había acudido a La Moncloa a recibir la felicitación del presidente del Gobierno. Previamente ya lo había celebrado en mi casa con sus excompañeros de piso.

El 22 de octubre salí del hospital. Alquilé una furgoneta; fui al piso de Gràcia, recogí mis cosas, y las llevé a uno de esos almacenes donde puedes alquilar un trastero, que por entonces empezaban a proliferar. Pasé por la oficina, le comuniqué a mi jefe que me marchaba y le pedí como favor que me arreglara los papeles para cobrar el paro. Fue un duro golpe para él, porque confiaba plenamente en mí, pero le expliqué, sin dar más detalles de los imprescindibles, que no podía seguir trabajando allí, que necesitaba desconectar de todo durante un tiempo. Intentó convencerme de que me quedara, pero nada me haría cambiar de opinión.

Antes de desaparecer pasé a despedirme de los que habían sido mis compañeros inseparables durante tres años. Cuando dejé sobre la mesa la llave del piso vieron que no había vuelta atrás, pero no supieron cómo reaccionar. Sólo Laia, en el último momento, empezó a decir algo:

— Pau, creo que estás exagerando. Deberíamos hablar.

— No hay nada de qué hablar. Me has destrozado el corazón y eso no tiene remedio.

—Siento haberte hecho daño, pero tú ya sabías cómo soy y no pienso cambiar por ti.

—Yo no sabía que te ponía el sexo en grupo y que nuestra relación significaba tan poco para ti. Adiós.

Ya ni siquiera tenía ganas de llorar. Sólo quería alejarme de allí y poner punto y final a aquella etapa de mi vida.

Esa misma tarde me presenté en casa de Alfredo, quien ya vivía con Lidia, y le pedí que me dejara quedarme un par de noches mientras ponía en orden mis ideas.

Casualidades de la vida, al día siguiente recibí una llamada de mi madre. Por entonces, 1995, los teléfonos móviles eran todavía muy escasos, pero yo tenía uno, no sé si para comunicarme con otras personas o, teniendo en cuenta su tamaño, como arma de defensa personal. Mamá había llamado primero a casa de Laia, Ángela y Jaume; le habían dicho que ya no vivía allí, así que, alarmada, recurrió al móvil.

.....

Inicialmente me negué en redondo a regresar a casa. Era como admitir que mi aventura en el mundo adulto había fracasado, pero la realidad es que dos días después volvía a estar instalado en la habitación que mi madre había conservado casi igual que cuando la dejara tres años atrás. Volví a refugiarme entre aquellas paredes que había empapelado sucesivamente con pósters de Schuster, Madonna, Magic Jonson, Terminator, Kim Basinger, Metallica y Bart Simpson. Ya no había pósters; habían vuelto a pintar las paredes, no hacía mucho tiempo, de un agradable color verde claro, y el único rastro que permanecía de mi decoración era la foto de un fascinante tigre siberiano que, extraída de una revista de naturaleza, había enmarcado años atrás. Desde los 15 años hasta los 22 lo primero que había visto al despertar cada mañana era la mirada hipnotizante de un animal extraordinario, la combinación perfecta de belleza, fuerza y misterio. Aquel tigre me miraba fijamente y parecía saber siempre lo que pasaba por mi creativa mente adolescente.

Yo siempre había sido bastante pelicularo. A menudo la foto del tigre me inspiraba historias en las que yo protagonizaba todo tipo de aventuras en lugares exóticos. Me dormía pensando en nuevas



hazañas, y al despertar y ver en la penumbra la cara del poderoso felino me acudían a la mente las escenas que acababa de soñar, que con frecuencia seguían el hilo de los pensamientos con que me había dormido.

En una repisa del armario guardaba en un archivador varias libretas en las que durante años había escrito aquellas historias. Nunca se las había enseñado a nadie, aunque puede que mis padres alguna vez les echaran un vistazo. Desde luego, sabían que escribía, pero nunca se habían interesado por ello. Yo había abandonado aquel hábito cuando me mudé al piso de Laia y compañía. Ahora iba a tener tiempo de sobras para retomarlo.

Mis padres habían decidido separarse. No había ocurrido nada traumático, sino que se trataba de la conclusión lógica a la que ambos habían llegado después de años de insípida convivencia.

Yo no me llevaba ni bien ni mal con ellos. Siempre había sido bastante independiente y, por lo menos, aunque nunca me había sentido especialmente apoyado por ninguno de los dos, habían respetado mis decisiones y mi espacio vital.

En mi hogar nunca hubo gritos ni peleas, y contadas riñas. Soy hijo único, y siempre me conformé con lo que mis padres me dieron. Todo fue siempre muy tranquilo, muy correcto, en mi casa. La pasión brilló por su ausencia y casi treinta años después mis padres se habían dado cuenta de que aún estaban a tiempo de vivir. Más vale tarde que nunca.

Mi madre me lo explicó por teléfono el día que pedí "asilo" a Alfredo. Ya sabía que había roto con Laia, así que me ofreció la posibilidad de volver a casa. No me apetecía nada, la verdad, pero tras meditarlo detenidamente me di cuenta de que regresar a los dominios del "Dios-tigre" sería como una especie de retiro espiritual, y realmente lo necesitaba después de tres años bastante desenfundados que habían acabado muy mal.

En un ataque de hijo modélico, pensé que a mi madre quizás le iría bien mi compañía, pero no tardaría mucho en darme cuenta de que ella estaba superando su ruptura bastante mejor que yo.

Montse Garriga aún no había cumplido los 50 años y se conservaba muy bien. Era una mujer atractiva e independiente. Directora de una firma especializada en venta de máquinas de café, era una persona

segura de sí misma, eficiente y respetada profesionalmente.

En el acuerdo de separación ella se quedaba el piso, mientras que mi padre había preferido mudarse al apartamento de Sant Feliu de Guíxols. Había sido un cambio de cromos limpio y sin disputas: el piso del Eixample para ti, el apartamento (75 m2 en plena Costa Brava, no era precisamente un cuchitril) para mí, un coche para cada uno, cada uno conservaba sus ahorros, inversiones, etc.

Pobres no eran, desde luego. Pero todo lo que tenían lo habían ganado trabajando, no les venía de familia.

Julián Valverde era un año mayor que su ex esposa. Se conocieron en un guateque de estudiantes a finales de los 60, bailando los éxitos del Dúo Dinámico, Los Salvajes y Los Pekenikes. Enseguida hicieron buenas migas y empezaron a salir juntos. Al poco tiempo tuvieron un “accidente” y lo que sería yo nueve meses después apareció en sus vidas. Ser padres no era precisamente lo que más deseaban, pero alquilaron un piso, se casaron y yo nací el 20 de julio de 1969. Mientras Neil Armstrong pisaba la superficie lunar, mi madre me expulsaba de su útero.

Durante los primeros años mi padre se lo montó para terminar la carrera de ingeniero de caminos y trabajar ocho horas diarias en un taller mecánico. Fue duro, pero la constancia siempre ha sido su mayor virtud. No tardó en pasar de cambiar bujías a construir viaductos. La economía familiar mejoró sustancialmente y mi madre, que no se resignaba a ser ama de casa, se las arregló para iniciar su propia carrera laboral. Empezó como dependienta en una tienda de ropa del barrio, pero rápidamente escaló posiciones en el ranking del sector comercial.

Desde los cuatro años me acostumbré a vivir sin las atenciones de mis progenitores y a portarme bien con las sucesivas “canguros” que me cuidaron. Me recogían en el cole, me preparaban la cena y me acostaban. El contacto con mis padres prácticamente se limitaba al beso de buenas noches, del que a menudo ni me enteraba porque ya estaba durmiendo, y a las contadas ocasiones en que salíamos juntos los fines de semana.

Así que desde bien pequeño he “disfrutado” de mi propia independencia. No me quejo. Quizás no gocé de una infancia muy afectuosa, pero nunca me faltó de nada.

Desde que alcancé la edad en que uno empieza a ser consciente de que el mundo es algo más que el propio espacio personal, me di cuenta de que mis padres no se querían. Se apreciaban, sí. Estaban acostumbrados el uno al otro, pero nada más.

Yo sabía que cada uno tenía sus aventuras, y no tengo dudas de que ellos no sentían remordimiento alguno. Así que no me sorprendió que finalmente decidieran divorciarse. Supongo que tardaron tanto en dar el paso porque les era más sencillo continuar con la insatisfactoria pero cómoda vida que llevaban.

En fin, que me refugié en la guarida del tigre siberiano sin saber qué iba a hacer con mi vida, pero pronto tuve ganas de regresar al mundo o, mejor dicho, de huir de allí. Ya no era un adolescente y me resultaba realmente complicado fantasear para aislarme de lo que sucedía a mi alrededor.

Mientras yo me pasaba el día autocondolomeándome, recordando los buenos momentos junto a Laia para, acto seguido, revivir el humillante final de nuestra relación, mi madre no perdía el tiempo. “No me esperes para cenar”, fue la frase que más escuché de sus labios durante los seis meses que aguanté junto a ella. Bueno, lo de “junto” es un decir, porque la verdad es que no coincidimos mucho tiempo en la misma estancia.

A menudo no volvía en toda la noche; a veces pasaba fuera dos o tres días; y cuando no había plan fuera, no tenía ningún reparo en traerse a casa al amiguito de turno.

Yo tenía mucho tiempo libre, pero pocas ganas de hacer nada. Desde luego, no me apetecía dedicarme a cuidar el enorme piso de mi madre, y mucho menos ser testigo de su vuelta a una adolescencia desenfrenada.

Así que un día me fui a Sant Feliu de Guíxols, y como tuve la impresión de que a mi padre le hacía ilusión tenerme con él, decidí mudarme. Sin duda, estaría mucho más tranquilo que en Barcelona, escuchando el relajante romper de las olas y respirando la agradable brisa marina.

Creo que lo que más sintió mi madre de mi marcha fue que tendría que hacer ella la compra y contratar a alguien para la limpieza.

Con mi padre, un hombre trabajador y de carácter afable, al principio todo fue muy bien. Algunas tardes salíamos juntos a

pasear por la playa, charlábamos y nos tomábamos una cerveza en alguna terraza.

Como seguía teniendo mucho tiempo libre y ya estaba superando lo de Laia, empecé a buscarme 'hobbies'. Compré una bici, con la que todas las mañanas recorría 25 o 30 kilómetros de la sinuosa carretera de la costa. Cuando hacía buen tiempo acababa el recorrido con un chapuzón en la playa. También retomé el hábito de escribir. Lo había intentado en Barcelona, pero el entorno no me inspiraba lo más mínimo por mucho que me concentrara en la foto del tigre. Por último, me saqué la licencia de pesca y casi todas las tardes pasaba un par de horas en el espigón del puerto practicando con la caña. Llegué a adquirir cierta pericia, así que durante una época, tres o cuatro veces por semana cenábamos pescado fresco.

Una calurosa tarde de mediados de junio me disponía a regresar al apartamento, especialmente de buen humor, pensando en cómo iba a cocinar las dos hermosas lubinas que había pescado, cuando advertí que me estaban observando.

Sentada en una roca del espigón, a unos diez metros de mí, una hermosa joven, de 22 o 23 años, me miraba descaradamente. Lucía una larga melena rubia y su piel morena, cubierta únicamente por un pareo floreado y la escueta parte superior de un bikini amarillo. Tenía que pasar por fuerza junto a ella.

— *Oh la là!* ¡Menuda pesca!

Sus ojos no miraban precisamente a las lubinas, y no pude evitar que, inmediatamente, toda la sangre de mi cuerpo se concentrara en la cara. Aquello pareció divertirla bastante. En su encantador acento francés, soltó:

— ¿Me invitas a cenar?

Era muy guapa. Ojos grandes de un color verde muy claro, nariz recta y una tentadora boca de labios carnosos, dientes blancos y sonrisa traviesa. Las mejillas salpicadas de pequeñas pecas acentuaban su irresistible atractivo.

No podía creer que algo así ocurriera en la vida real, pero, sorprendentemente, me repuse bastante rápido del 'shock' inicial y decidí que no iba a dejar escapar una oportunidad que prometía una velada muy interesante.

— Antes debería saber con quién voy a compartir mis lubinas — respondí.

— Me llamo Silvie, soy de Marsella y vivo en Girona desde hace año y medio. Vine de Erasmus a Barcelona, pero me enamoré de Girona y de la Costa Brava y aquí estoy, deseando comer pescado fresco.

— Había oído hablar del atrevimiento de las francesas, pero nunca imaginé que la realidad superaría al cliché.

— Yo sólo te he pedido que me invites a cenar. Del postre ya hablaremos...

Hacía casi un año que no salía con nadie y aquella chica me estaba poniendo como una moto. Afortunadamente, mi padre estaría fuera un par de días, supervisando la construcción de una autovía por ahí, en Cuenca o Ciudad Real. Vamos, que tenía el apartamento para cocinar lo que quisiera.

No recuerdo bien cómo preparé las lubinas, estaba demasiado excitado pensando en Silvie. Ella puso el vino (bebimos mucho) y no hizo falta hablar del postre. La noche fue larga y plenamente satisfactoria. Aunque no podía entender por qué a una francesa maciza se le había antojado un tipo normalito como yo, lo pasé genial, y creo que ella también.

Silvie era muy divertida. Su espontaneidad me hacía reír con ganas, y su aparente despreocupación era contagiosa. Aunque con ella me encontraba muy a gusto, lo nuestro duró poco tiempo. Inteligente, espontánea, divertida, superatractiva... y una verdadera fresca. Por supuesto, tenía todo el derecho a serlo, porque en ningún momento pretendimos que nuestra relación fuera seria.

Una tarde de principios de julio, después de un refrescante chapuzón, me senté en una terraza, yo solo, a saborear una refrescante cerveza. Volvía a sentirme a gusto conmigo mismo y empezaba a hacer planes de reincorporación al mercado laboral. No podía continuar viviendo del cuento mucho más, teniendo en cuenta, además, que el subsidio de desempleo estaba llegando a su fin. Contemplando cómo las olas acariciaban la orilla, casi ni me di cuenta de que Silvie se había sentado a mi izquierda; giré la cabeza justo a tiempo de ver que en aquel momento también llegaba mi padre. Me costó entender que habían venido juntos.

— *Bon soir, cheri* — Silvie me dio un beso en los labios.

—Hola, Pau. Qué atardecer tan fantástico, ¿eh?

—Sí, aquí se está muy bien. Pero vaya, no tenía ni idea de que ya os conocíais.

—Pues sí, ¿a que Silvie es genial? Bueno chicos, os dejo un rato, que tengo que hacer un recado.

Mi padre se fue y Silvie se quedó conmigo, pero había algo que me mosqueaba, sentía una sensación extraña que me hizo poner a la defensiva.

—De tal palo, tal astilla... —dejó ir la francesita de aquella manera que no dejaba dudas de que estaba hablando con segundas.

—¿De qué conoces a mi padre? —pregunté sin disimular mi creciente mosqueo.

—De una fiesta. Aún no vivías con él, pero creo que ya hemos alcanzado el nivel de confianza necesario para que conozcas la historia. Además, tengo una propuesta que hacerte.

—¿De qué narices hablas?

—Tu padre y yo somos amantes. —Hala, venga. Y allí estaba yo, con la boca abierta, incapaz de emitir sonido alguno — Ya lo éramos antes de conocerte; y la verdad es que hasta hace muy poco no supe que eras su hijo. Me pareció muy morbosos, así que se lo conté a Julián y le hice una propuesta que a él le pareció bien. A ver qué opinas tú.

Aquello era demasiado retorcido. Todo estaba yendo de cine, así que alguna pega debía haber; ahora bien, no podía ser una pega pequeña, como que Silvie tenía un novio que la esperaba en Marsella, o que en caso de ser española votaría al PP, o que estaba embarazada de gemelos. No, por supuesto, tenía que tratarse de una pega de dimensiones cósmicas...

—¿Sabes lo que me encantaría hacer...?

La francesa buenorra, con quien había tenido las mejores relaciones sexuales de mi vida, y mi padre...

—Me pondría realmente cachonda un *menage a trois* contigo y con Julián.

—¿Quién es Ju... ¿¡Pero qué dices!?! ¡¡Qué asco!! ¡¡Estáis enfermos!! Demasiado para mí. Había huido de la locura libertina en que había caído mi madre para ir a parar a lo que parecía el argumento de una peli porno. Resulta que mi padre era cliente habitual de un club de

alterne de Figueres frecuentado sobre todo por franceses, y allí fue donde conoció, entre otras jovencitas insaciables, a Silvie.

Me despedí aquella misma tarde y regresé a Barcelona, decidido a buscar trabajo y llevar una vida normal, como la de tantos millones de personas. Me instalé momentáneamente en una pensión y me sumergí en las ofertas laborales de *La Vanguardia*.

.....

Después de comer con Alfredo me he ido a casa. Realmente no ando muy fino. Ya antes de la comida sentía cierto malestar general, pero es que ahora tengo un dolor de cabeza terrible. Me he tumbado en el sofá decidido a echarme una siesta reparadora, pero tengo demasiadas ideas circulando por mi cabeza. ¿Qué quiero hacer con mi vida? ¿El bienestar laboral y económico, y la estabilidad (el aburrimiento) emocional cumplen con mi objetivo vital?

Cuando abandoné la senda de lascivia y depravación que habían tomado alegremente mi padre y su amiguita francesa, decidí regresar a una existencia sin sorpresas emocionales, en la que los atletas hispano-cubanos sólo existían en la prensa deportiva, las orgías eran un mito pornográfico, igual que los *menage a trois*, las francesas vivían en Francia y los padres eran unas personas entrañables, respetables y que, sobre todo, no tenían nada que ver con el sexo.

Un mundo absolutamente irreal, lo sé, pero necesitaba desintoxicarme.

Así que, después de un par de días buscando ofertas de empleo en los periódicos, se me ocurrió lo más obvio: preguntarle a mi amigo Alfredo, un ejemplar perfecto de individuo plenamente integrado en una existencia sin sobresaltos.

Me dijo que en la próspera empresa en la que trabajaba estaban buscando nuevos eficientes empleados para ampliar el departamento de márketing, así que vi la puerta abierta a mi nueva vida "normal". La entrevista fue un éxito y, gracias a las magníficas referencias de mi anterior empleo, conseguí el puesto, muy bien pagado, por cierto.

Acto seguido, me puse a buscar piso de alquiler, y en la tercera o cuarta visita me decidí por un pequeño estudio de Poblenuou.

Fue una época de estabilidad, justo lo que andaba buscando. El trabajo estaba bien, los compañeros eran agradables, aunque mi relación con ellos se limitaba a lo laboral. De vez en cuando organizábamos alguna cena tranquila, pero no intimé con ninguno de ellos.

Alfredo era la persona a la que más veía, con diferencia, durante la semana. Me convenció para que me uniera a sus 'Iguanas azules', y también nos reuníamos con motivo de los partidos de fútbol de la Champions. Normalmente en algún bar, pero también a veces en mi casa.

En fin, que trabajaba 35 horas semanales a cambio de un sueldo muy razonable y mi vida social se limitaba a las pachangas de fútbol sala, las reuniones para ver fútbol y esporádicas cenas con los compañeros de trabajo. Todo muy tranquilo. Sorpresas y sobresaltos, ninguno. Durante casi cuatro años me di por satisfecho. Estaba ahorrando un montón de dinero, así que un buen día decidí invertir en una vivienda propia y dejé el estudio por un bonito piso reformado de dos habitaciones, muy luminoso, con amplios comedor y cocina, y una terraza, ubicado en una tranquila zona de Gràcia (relativamente cerca del piso que había compartido con Laia y sus viciosos amigos). Y aquí sigo, seis años después. Me quedan veinte años de hipoteca, pero, desde luego, si lo vendiera ahora haría un gran negocio. Es una idea que me circula continuamente por la cabeza. "Véndelo y mándalo todo a paseo" insiste mi vocecilla interior. "Lárgate bien lejos, a la montaña."

Es curioso cómo lo que unos años atrás parecía la salvación, se ha convertido en un martirio. La vida tranquila y sin sobresaltos que tanto deseaba (o aparentaba desear), ahora me está matando de aburrimiento.

Hubo un paréntesis cuando conocí a Amanda.

El aburrimiento se estaba apoderando de mí y empezaba a no estar tan a gusto con mi vida. Hacía varios meses que me había mudado al piso de Gràcia, pero por mucho que intentara autoconvencerme, no era ni remotamente feliz. Tras cuatro años de monotonía, sentía que necesitaba algo más. El trabajo, aunque cómodo y bien pagado, tampoco me satisfacía. En aquel momento estábamos preparando una campaña para apoyar la salida al mercado de un nuevo batido de cacao. Queríamos contar con caras famosas y utilizar canciones



conocidas para los *jingles* publicitarios, así que, como era normal en estos casos, contábamos con el asesoramiento legal de una firma de abogados.

En una de las reuniones de trabajo conocí a Amanda, quien sustituía a uno de los abogados habituales, que estaba de baja.

Fue amor a primera vista. Durante cuatro años me había inmunizado a la influencia femenina. Apenas había tenido relaciones y, desde luego, ninguna había pasado de la tercera cita. Todas con el único objetivo de satisfacer un deseo sexual mutuo. Nada había cambiado, pero no pude evitar sentir el flechazo.

Aquello me hizo despertar por dentro. Por fin volvía a tener un aliciente en la vida, una misión prioritaria. Me propuse conocer a aquella mujer y formar parte de su vida. Durante un par de semanas tuve la suerte de asistir a varias reuniones más en las que ella también estaba. La observé detalladamente: su aspecto físico (pelirroja, media melena, con pecas en la cara, ojos azules, altura media, delgada pero no flaca, piernas fuertes, pecho generoso y un culo donde agarrar), su voz (segura y agradable), sus movimientos (pausados pero firmes), su expresión (relajada pero atenta), su forma de vestir (elegante, como exigen los cánones, pero siempre con un toque personal), etc. En fin, una mujer estupenda, y tenía que ser mía.

El último día la invité a que se uniera a la comida que habíamos organizado para celebrar la finalización del trabajo y, sorprendentemente, aceptó.

Además de una abogada atractiva y eficiente, Amanda resultó ser una persona extrovertida y con un fino sentido del humor aderezado con un toque de sarcasmo, lo que hizo aumentar mi interés por ella. Hoy en día, ese sarcasmo ya no me parece tan interesante, sino más bien bastante exasperante.

Ese día intercambiamos teléfonos y me aventuré a proponerle una salida al teatro para ver el espectáculo de Pepe Rubianes. Aparentemente le pareció bien, pero no concretamos nada. Un par de días después, un jueves, me armé de valor y la llamé. Me contestó de buen humor y le dije que ya tenía las entradas, que eran para aquel mismo sábado, pero que si no le iba bien intentaría cambiarlas. Aceptó.

Rubianes estuvo genial. Amanda rió con ganas; yo también, pero menos, porque estaba más atento a ella que a lo que pasaba sobre el escenario. Después cenamos. Hablamos mucho. Le expliqué mis desastrosas experiencias amorosas y la adolescencia tardía de mis padres. Ella fue más reservada, pero muy directa: me dijo que había estado diez años con la misma persona y que habían roto cuando empezaban a preparar la boda. Desde entonces, año y medio atrás, no había salido con nadie, pero había aceptado mi invitación porque se había dado cuenta de que me gustaba y, bueno, yo no estaba mal, así que quizás ya era hora de abandonar el “luto”.

Aquella noche todo fue como la seda. Acabamos en mi piso e hicimos el amor. A la mañana siguiente ella seguía en la cama junto a mí y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía feliz. Empezamos a salir con asiduidad y nos dimos cuenta de que juntos estábamos muy bien. Recuperé la energía y desapareció la sensación de hastío.

Durante el año siguiente mi vida se asemejó mucho a una de esas comedias románticas americanas en las que lo más grave que ocurre es una discusión porque el chico quiere cenar en un restaurante japonés y la chica en un italiano. Al final acaban encargando comida mexicana y haciendo el amor pringados de salsa guacamole.

Pero un fatídico día de finales de septiembre cometí uno de los mayores errores de mi vida: cegado por el rosa chillón con que había pintado los últimos meses de mi existencia, pedí a Amanda que se viniera a vivir conmigo. Estaba convencido de que se trataba de mi media naranja, pero pronto comprobaría que aquello significaba el “The End” de la película.

La secuela ya no sería una comedia, sino más bien uno de esos filmes de autor que no hay quien digiera.

Ella había tenido un precedente de convivencia muy malo, pero no se hizo de rogar y a los dos días dejó el piso que compartía con dos enfermeras a las que yo apenas había visto tres o cuatro veces.

La magia desapareció a velocidad de vértigo y la monotonía, a la que no añoraba lo más mínimo, ocupó su lugar sin contemplaciones. De repente, la extroversión y el sentido del humor de Amanda se transformaron en reproches y exigencias. “No has comprado pomelos”, cuando yo apenas sabía lo que era un pomelo. “¿Sabías

que la ropa no anda sola hasta la lavadora?" "No limpies el polvo, no vayas a dislocarte un hombro" (ironía fina). En fin, que Amanda resultó ser una maniática del orden, la limpieza y la disciplina militar, y yo, en vez de rebelarme, me adapté cual borrego, sin rechistar. Ella se adueñó de mi hogar y mi respuesta fue cambiar de trabajo.

Los *yuppies* ingeniosos habían creado Thinkclear y necesitaban personal cualificado para llevar a cabo su fantástica idea de negocio. Creí que cambiando de empleo las cosas podrían mejorar, pero todo siguió igual de insulso.

A los pocos meses Amanda, cuya serie preferida era 'La ley de Los Ángeles', como no podía ser de otra manera, abrió su propio bufete de abogados, y nuestra convivencia mejoró. Es decir, desaparecieron los reproches, básicamente porque no nos veíamos.

Como decía, nuestra vida parecía sacada de una de esas películas francesas sin diálogo y donde no pasa absolutamente nada relevante. Cine de autor. Bazofia pura y dura. Eso era; eso es mi cómoda, irrelevante, absurda vida.

## Capítulo II

*16 de marzo de 2005*

21.50 horas. Vaya, al final me he dormido... casi cuatro horas. Menuda siesta. Toda la tarde desperdiciada, pero vamos, que para lo que tenía que hacer... Por lo menos parece que ya no me duele la cabeza, aunque me siento como si me hubiera pisoteado una manada de ñúes. Qué bichos más absurdos, por cierto. Se pasan la vida emigrando en busca de pastos verdes sólo para que se los coman los leones, las hienas y los cocodrilos. No sé cuántas veces habré visto el documental ese en el que tienen que cruzar el río Mara, creo que se llama así, y mientras se pisotean entre sí, los cocodrilos se ponen las botas. No me gustaría ser un ñu... Pero vamos, ni que mi vida fuera mucho más divertida... Tendré que pensar en cenar. Dormir y comer. Eso es básicamente lo que hacen los devoradores de ñúes por excelencia, los leones; aunque también comen cebras, que son más chungas de cazar. En los documentales siempre dicen que una coz de cebra puede matar a un león. Más bien a una leona, que son las que cazan. Y aún más chungos son los búfalos, que también dicen que son, junto al hipopótamo, los animales más peligrosos de África para los humanos... Yo estoy muy lejos de poder compararme a cualquiera de esos animales. Ellos son libres... Eso es, vamos a autocompadecernos un poquito... Tengo hambre... A ver si tengo algún mensaje en el móvil... Efectivamente... Vaya,

qué sorpresa, Amanda tiene trabajo. “No me esperes despierto xk no sé a k h. Llegaré. T kiero.” Ya, seguro... Y yo a ti. Pues hala, pizza que te crió... O no... Mejor me doy un paseo por el barrio y me como un *shawarma*. Me irá bien tomar el aire.

.....

Éste tiene buena pinta. Me siento en la barra y le pido consejo al camarero.

– ¡Buenas noches! ¿Qué le pongo, amigo?

– Pues venía con la idea de comer un *shawarma*, pero estoy viendo cosas con muy buena pinta, así que voy a dejar que me aconsejes.

– Muy bien. ¿Tienes mucha hambre?

– Pues la verdad es que sí.

– Entonces te voy a poner lo que podríamos llamar un menú degustación: *falafel*, que son estas albóndigas de garbanzos y habas; humus y *tzatziki*, que son las deliciosas cremas de garbanzos y pepino con yogur que se comen untadas en el pan de pita. Te pondré también *mishinik*, las sabrosas hamburguesas árabes; *kebab*, que son pinchos de cordero, y un poco de repollo de carne con arroz. ¿Qué te parece?

– Perfecto. Ya tengo la boca hecha agua. Por cierto, para beber tomaré una cerveza.

– Muy bien, pero no te quedes en la barra. Siéntate en aquella mesa, que estarás más cómodo. Además, ahora mismo va a bailar la chica, y desde allí la verás mejor. Enseguida te lo llevo todo.

– De acuerdo. Gracias.

El local es pequeño, pero acogedor. Hay cinco, seis... ocho mesas, todas ocupadas. Me gusta el ambiente que se respira. La gente conversa animadamente, pero no hay ruido; además, la música acompaña. Es música árabe, muy instrumental... Agradable. Hacía mucho que no me animaba a salir yo solo, por el gusto de salir, no por necesidad. Siempre supeditado a las obligaciones, a la rutina... Vaya, qué bien, ya me traen algo para empezar a comer.

– Aquí tienes. El humus y el *tzatziki*, el pan de pita, imprescindible. Unas *mishinik*, y la cerveza fresquita. Ahora te traigo lo demás. La chica ya está preparada.

Qué buena pinta. Vaya, han apagado la luz. Claro, el espectáculo...

Ya suena la música, y ahí está la chica. Qué facilidad de movimiento... Madre mía, me pongo yo a mover así las caderas y me quedo en el sitio. La chica es guapa, y baila muy bien. Qué mirada... Sin duda, es una danza muy sensual... Hace tiempo que la sensualidad desapareció de mi vida. Amanda lo era... mucho. Pero ya nunca tiene tiempo, ni ganas. Por lo menos conmigo... Seguramente tiene algún lío por ahí, posiblemente con un compañero de trabajo. Hay un par de jovencitos que babea cada vez que se acercan a menos de tres metros de ella. Lo más triste es que casi ni me importa lo que haga. Lo nuestro no tiene futuro... Mi vida actual no tiene futuro... Vaya, la bailarina viene hacia aquí. Espero que no se le ocurra sacarme a bailar. Joder, no me hagas esas cosas tan cerca, que me pongo malo... Y encima me mira directamente a los ojos... Y esa sonrisa... Eso, eso, vete a otra mesa y haz subir los colores a otro infeliz. La verdad es que hipnotiza verla moverse así. Es lo más emocionante que me ha pasado desde hace... ¿Cuánto? ¿Tres años, quizás? Ni me acuerdo... Ya acaba el número. Un aplauso, sí señora... Bueno, voy a seguir comiendo, que se enfrían los manjares. Ya lo han traído todo. Me encanta la variedad de ingredientes y sabores de la cocina árabe. Son platos sencillos, pero esconden cierto misterio que hace que resulte muy difícil dominar su elaboración. Por lo menos, a mí me lo parece. Nunca he conseguido que el *cous cous* sepa como en el restaurante, por mucho que siga la receta al pie de la letra. Aunque claro, ves en la tele que para prepararlo pueden estar dos o tres horas, y yo no puedo pretender que me salga igual de bueno en menos de una hora. Es que no tengo tiempo... Me gustaría tener tiempo para pasarme cuatro horas cocinando si me apetece, para admirar un paisaje bonito, o para escuchar música por el placer de hacerlo o el sonido de las hojas de los árboles bailando al ritmo que les marca el viento. Desde aquella primavera en Sant Feliu de Guíxols no disfruto de la libertad de no depender del reloj. Está en mi mano cambiarlo... Mira, la chica de la danza del vientre ya se ha cambiado y está en la barra charlando con el que debe de ser el dueño y tomando algo... Se ha girado... Me está mirando... ¡Me sonrío! Devuélvele el saludo, cazurro...

—Hola... Muy bonito el baile.

—Gracias.

—Siéntate aquí, si quieres. —Eso es, tú tírate a la piscina—. Seguro que tienes hambre, y yo he pedido demasiada comida para una sola persona. —Venga, sigue. Una piscina que cubre cinco metros por lo menos, y no sabes nadar.

—Vale, te picoteo algo, pero ya le he pedido un *shawarma* a Ibrahim. No me puedo creer que haya aceptado. No, si al final va a resultar que tengo *sex-appeal*.

—Me llamo Pau. No creas que acostumbro a invitar a cenar a todas las bailarinas que voy encontrando en los restaurantes. Es que esta noche me apetecía salir y charlar un rato con alguien agradable.

—Entonces tengo que sentirme afortunada. Gracias otra vez. Aunque no sabes si realmente soy agradable.

—Me suelo fiar de mi instinto. Cosa que, todo sea dicho, me ha causado más de un disgusto. Pero estoy seguro de que no va a ser el caso.

—Te tengo que advertir que no eres el primero que me invita a charlar... y a picotear. Está bueno el *falafel*, ¿eh?

—Todo riquísimo.

—Veamos, Pau, ¿de qué quieres hablar?

—Para empezar, estaría bien saber con quién tengo el placer de compartir mesa.

—Vaya, sí que soy maleducada, no me he presentado. Mi nombre artístico es Yasmina, pero el real es mucho menos exótico. Soy una simple Sandra.

—Encantado. ¿Y qué hace una Sandra meneando las caderas y enseñando el ombligo en un restaurante?

—Pues podría contarte un rollo sobre mis aspiraciones artísticas, pero la realidad es que bailar me permite ganar un sobresueldo que viene muy bien.

—¿Bailas en más sitios, entonces?

—Pues sí, cuatro noches a la semana. Los miércoles y jueves me encontrarás aquí porque Ibrahim se porta muy bien y me llevo un pellizco bueno de las propinas. Los viernes y sábados voy variando, en función de las ofertas.

—Vaya, resultará que estoy cenando con una bailarina famosa.

—No, ni mucho menos. Prácticamente soy una principiante de la *raqs sharqi*.

—¿De la qué?

—Es el nombre árabe de lo que aquí conocemos como danza del vientre, y significa danza de oriente.

—Ya, muy interesante. ¿Sabes árabe?

—Un poco. Llevo un par de años estudiando y me defiendo.

Debe tener unos 25 años. Da la impresión de ser una persona extrovertida. Desde luego, no me cuadraría que fuera tímida teniendo en cuenta la alegría con la que se menea. Me cae bien. Transmite entusiasmo... y es muy guapa.

—¿Sabías que existen varias teorías sobre el origen de la danza del vientre?

—Ni idea.

—Pues sí. Verás: la que menos adeptos tiene asegura que descende de las danzas del antiguo Egipto. La más popular, en cambio, afirma que procede de un baile de tipo religioso que practicaban antiguamente las sacerdotisas de los templos. Otros defienden que formaba parte de las prácticas tradicionales para facilitar el parto. ¿Te imaginas a las parturientas bailando en vez de reclamando la epidural como locas? Finalmente, existe una teoría que habla del origen hindú de la danza, que se habría extendido a Oriente Medio y norte de África gracias a pueblos nómadas como los gitanos.

—Apasionante... —En serio. No sé cómo, pero ha conseguido que la danza del vientre me parezca el tema más interesante del mundo.

—Te burlas, ¿no?

—Te juro por el *kebab* que me estoy comiendo que ahora mismo sólo puedo pensar en qué más me vas a contar sobre la danza del vientre. Es más, creo que me voy a apuntar a un curso para aprender a bailarla. —Una sonrisa preciosa; sincera y cálida.

—Sabia elección. No te imaginas la cantidad de beneficios físicos y mentales que proporciona el *raqs sharqi*, pero tranquilo, que ya no te cuento nada más, que parece que estoy dando una conferencia. Ahora explícame algo tú. Por ejemplo, ¿qué haces aquí solo?

—No sé... Bueno, la verdad es que sí lo sé, pero no quiero aburrirte con mis neuras.

—Prueba a ver.

—No serás psicóloga, o psiquiatra.

—Pues... ¿Y qué pasa si lo soy?

—Eres psicóloga. Genial. —Sólo me faltaba eso. No tenía bastante



con mi auto psicoanálisis de pacotilla. Por lo menos ahora contaré con una opinión autorizada.

—No soy psicóloga, pero conozco a una muy buena.

—No, gracias. Verás, es que mi cabeza es como un volcán a punto de estallar. Estoy en un momento muy chungo y temo que pueda ser contagioso.

—Puede que desahogarte te ayude a aclarar las ideas, y, además de hablar, sorprendentemente, me gusta escuchar.

—Vale, pero al segundo bostezo corto el rollo.

—Soy toda oídos.

Quizás me arrepienta, pero necesito hablar con alguien. Siento que tengo un montón de ideas y sensaciones que se me agolpan en el cerebro y que tengo que darles salida. No pierdo nada por hablar con esta joven.

—La verdad es que hace mucho tiempo que estoy solo, que me siento el ser más solitario del mundo. Mi vida se ha vuelto tan insulsa que ya ni siquiera tengo ganas de divertirme. Hacía siglos que no salía por ahí. Siempre trabajando, repitiendo un día tras otro la misma rutina hasta el punto de dejar de plantearme si es eso lo que quiero.

—Pero, tendrás amigos, pareja quizás...

—Sí, tengo pareja. Se llama Amanda y hace cuatro años que vivimos juntos, pero es una relación tan rutinaria que podría vivir con un robot y el resultado sería el mismo. En cuanto a los amigos... La verdad es que no tengo a nadie a quien pueda considerar un amigo. Ya te he dicho que estoy solo.

—Vaya, chico, quizás no sea tan mala idea lo de visitar a un psicólogo.

—Gracias...

—Perdona, no quiero parecer frívola. Me tomo muy en serio tu situación. Dicen que el primer paso para solucionar un problema es reconocer que existe.

—También puede ser el primer paso para acabar en la vía del tren.

—Se te ha borrado la sonrisa, ¿eh?—. Es broma. No tengo intención de suicidarme... de momento.

—Empiezas a asustarme.

—Estabas avisada.

—¿Y qué piensas hacer?

— Como te decía, de momento descarto tumbarme en la vía a esperar el AVE, así que tendré que buscar una solución constructiva.

— Así me gusta, ante todo espíritu positivo.

— Quiero cambiar de vida. Siento que estoy dejando escapar la oportunidad de ser feliz algún día y que si no reacciono ya, me veré condenado a esta existencia cómoda y aburrida que no soporto.

— ¿Y Amanda?

— Estuvimos muy enamorados y lo pasamos muy bien durante el primer año. Luego se mudó a mi piso y comenzó el infierno. Ella es abogada y hace relativamente poco tiempo que montó su propio bufete, así que dudo mucho que acoja con entusiasmo la propuesta de largarnos al culo del mundo a empezar de cero.

— Entiendo... ¿Dónde es el culo del mundo?

— Ni idea. No he pensado dónde ir. Sólo sé que quiero escapar de esta ciudad y de esta vida postiza. Es algo que hace tiempo me ronda por la cabeza, pero nunca me he atrevido a dar el paso. Supongo que por la maldita comodidad. Ya sabes, empezar de cero significa tener que poner fin a muchas cosas: el trabajo, el hogar actual, la novia...

— Se trata de valorar los pros y los contras, pero antes de cortar por lo sano creo que tendrías que disponer de un plan. A no ser que tu idea de cambiar de vida sea coger la mochila, ponerte unas bambas y, ¡hala!, a recorrer mundo.

— La verdad es que no sé, pero supongo que tienes razón. ¿Alguna sugerencia?

— ¡Uf! No voy a ser yo quien te diseñe el futuro; menuda responsabilidad. Es probable que estés loco, así que imagínate que te sugiero que te vayas a meditar a una cueva, y me haces caso. No me lo perdonaría.

— Grandes hombres de la historia de la humanidad pasaron largos periodos de sus vidas meditando en cuevas.

— ¿Como por ejemplo?

— Pues, a ver... Déjame que piense... Mmmmm... Pues eso, grandes hombres, la mayoría santos.

— Ya veo, ya... ¿Te apetece un té?

— Vale.

— ¡Ibrahim, dos té verdes, por favor!

Definitivamente, me alegro de haber conocido a Sandra. Gracias a

ella estoy realizando un ejercicio de liberación que me va a venir muy bien para aclarar las ideas. Quién sabe, igual me proporciona la solución a mis males.

—¿Por qué has aceptado mi invitación?

—¡Vaya cambio de tema! ¿No estábamos buscándote un destino? Y luego habrá que hablar de cómo te vas a ganar la vida.

—No te escaquees. ¿Por qué has aceptado sentarte aquí, junto a un total desconocido que, para colmo, padece una inestabilidad emocional bastante grave?

—No sé. Supongo que me has pillado de buenas. Tenía ganas de charlar un rato, a Ibrahim ya lo tengo muy visto, y tú has aparecido en el momento oportuno.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Vaya! ¿Nunca te han dicho que es de mala educación preguntarle la edad a una dama?

—Ya, es que el siglo XVIII me queda muy lejos. Vaya por delante que no aparentas más de 25, y que estás de muy buen ver.

—Ahora me tiras los trastos. Esto tiene pinta de acabar siendo muy típico.

—No, no, qué va, no voy por ahí. Mi interés por ti se limita exclusivamente a una conversación agradable. Además, yo ya soy muy carroza para un yogurín como tú.

—Ahora no sé si sentirme aliviada u ofendida.

—Si es que tengo muy oxidada la habilidad de entablar nuevas relaciones humanas. Simplemente intentaba conocer algo más de tu vida. Creo que es lo justo, después de haberte explicado mis más oscuros secretos.

—Oscuros dice... Pues que sepas que tu historia es bastante más habitual de lo que imaginas. Todos hemos tenido fracasos sentimentales y en algún momento de la vida nos hemos sentido vacíos, hastiados, desencantados.

—Vaya, o sea que de 25 nada. Debes de estar más bien cerca del medio siglo, con tanta experiencia vital. Cuenta, cuenta...

—Definitivamente, tus dotes de caballero son inexistentes.

—Ahora que los dos somos plenamente conscientes de ello, y totalmente descartada la tensión sexual, ilústreme con alguna de tus historias vitales. Yo tengo varias que darían para un guión

cinematográfico. De peli mala, por supuesto, pero el cine malo también tiene derecho a existir.

— Tu galantería brilla por su ausencia, pero vislumbro cierto ingenio en tu discurso que no resulta del todo insípido.

— ¡Nena, que bien hablas! Debes de ser profesora de literatura, filósofa, abogada quizás, o mejor aún, ¡tertuliana radiofónica! Oh, Dios, dime que no trabajas en la COPE. — Con esa sonrisa tan divina debe tener a todos los payos rendidos a sus pies.

— El apellido de mi abuela es Losantos.

— ¡Huy, que tarde se ha hecho! La compañía es muy grata, pero acabo de recordar que tengo hora para depilarme las cejas. — Qué sonrisa tan bonita, pero bonita de verdad —. Venga, no te escaquees más y cuéntame alguna de tus truculentas experiencias. Como alguien me ha dicho hace un rato: “Soy todo oídos”.

— Pues aquí donde me ves, y a pesar de que me esté riendo bastante esta noche, cosa que te agradezco, mi vida no es precisamente de color de rosa. Acabo de salir de una relación que empezó de forma idílica, pero que se convirtió en un infierno. Llevábamos siete años juntos y ya teníamos fecha de boda, pero hace dos meses decidí romper porque me estaba ahogando. Desde hacía un tiempo sentía que ya no estaba enamorada, pero intentaba autoconvencerme de lo contrario. Él era cada vez más celoso y más posesivo. No le gustaba nada que bailara y se ponía enfermo de sólo pensar que otros hombres pudieran mirarme tan ligera de ropa. Un par de veces estuvo a punto de pelearse en pleno restaurante porque aseguraba que intentaban meterme mano. Muy penoso, la verdad. Pero la gota que colmó el vaso fue cuando un día me levantó la mano y me llamó zorra después de una actuación. Aquello me abrió los ojos definitivamente. En ese mismo momento lo mandé a freír espárragos. Se puso como loco. Me acusó de ponerle los cuernos con todo quisqui, y me dijo de todo, pero no se atrevió a pegarme porque había aún bastante gente en el restaurante y en la calle. Afortunadamente, varias personas intervinieron y me “protegieron”. Ahora el energúmeno que fuera mi novio se dedica a mandarme mensajitos al móvil y a espíarme de vez en cuando en los locales donde bailo... Tranquilo, aquí no se atreve a venir. Ibrahim lo conoce y si apareciera por la puerta, o por los alrededores del restaurante, se buscaría problemas graves.

— ¿Lo has denunciado a la policía?

— Sí, fui a los Mossos después del segundo mensaje, uno que decía que me iba a arreglar la cara para que no sonriera tanto cuando bailaba, o algo así. Se mostraron muy amables, muy comprensivos, pero me dijeron que, lamentablemente, aquello no era suficiente para detenerlo, y que, en cualquier caso, como mucho podrían retenerlo una noche en el calabozo, porque un juez, o jueza, por muy progresista y feminista que fuera, con el actual código penal, aunque lo denunciara, no podía condenarlo a nada. Tampoco podían ponerme vigilancia porque andan justos de efectivos, así que me recomendaron que fuera siempre acompañada y con el teléfono móvil a punto para llamarles, por si al angelito se le ocurría ponerse violento.

— Joder... Está claro que lo mío es un cuento de hadas. Oye, y hablo absolutamente en serio, no es que sea un Schwarzenegger ni tengo una espada como la del Aragorn del Señor de los Anillos, pero puedes contar conmigo para lo que haga falta.

— Gracias. Tengo la suerte de contar con buena gente a mi alrededor que me está ayudando mucho. Mis padres son muy majos, tengo un hermano que es como un ángel de la guarda y a unos cuantos amigos y amigas estupendos. Ahora vivo con dos amigas muy cerquita de aquí. Han estado un rato, pero se levantan temprano para ir a currar, y como Ibrahim me acompañará a casa, pues las he dejado que se fueran a dormir.

Vaya tela. No entiendo cómo puede haber tanto cabrón suelto. La historia de Sandra convierte a mis problemas existenciales en niñerías. Es difícil saber qué decir a alguien que está sufriendo tanto sin quedar como un gilipollas. Es una situación incómoda, porque me gustaría ayudarla, que se sintiera reconfortada, pero cualquier cosa que diga será una tontería. Sólo ella sabe por lo que está pasando.

Llevábamos un buen rato hablando sin parar. Esta es la primera pausa en la charla, y ahora no sé qué decir para retomar la conversación. Si cambio de tema quedaré como un insensible, pero tampoco quiero insistir en lo de su ex; después de todo, somos dos desconocidos y no sé si volveremos a vernos, ¿por qué debería confiar tanto en mí?

—Eres muy valiente. La otra conclusión que he extraído de este rato que no olvidaré mientras conserve mi capacidad intelectual intacta es que eres una gran conversadora, sabes escuchar y das la confianza necesaria a tu interlocutor para hablar con total libertad.

—Vaya... ¿Quién es el psicólogo ahora? No, en serio: gracias, Pau. No creas que voy contándole mis problemas a los desconocidos que me invitan a compartir su cena, pero me has hecho sentir a gusto, y el hecho de que te atrevieras a confiarme tus “dudas existenciales” me ha animado a desahogarme un poquito también. Porque lo estoy pasando bastante mal...

No, lágrimas no, por favor. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Se suponía que el pobrecillo que necesitaba consuelo era yo. ¿Qué le digo? ¿O mejor me quedo callado? ¿Llamo a Ibrahim?

—Perdona Pau... No era mi intención que me vieras llorar... Soy una tonta... Entenderé perfectamente que quieras irte. De verdad, estoy encantada de haberte conocido, de haberte escuchado y de que tú me hayas escuchado a mí. Lo de las lágrimas no entraba en el guión.

—A ver, Yasmina. Hace un par de horas me acababa de despertar de una siesta vergonzosamente larga. Recuerdo haber hecho una reflexión absurda sobre ñúes, leones, hienas, cebras y cocodrilos, y haber recibido un sms de la que sigue siendo oficialmente mi pareja en el que por enésima vez se disculpaba por no saber a qué hora iba a volver a casa. Por cierto, creo que me he alegrado de ello. Mi expectativa de una noche entretenida era más bien escasa, pero, mira por donde, la diosa Fortuna me ha deparado una Sandra-Yasmina, por lo cual le estoy muy agradecido. Así que vamos a procurar darle un final digno a la velada. Déjame ser tu guardaespaldas esta noche. Te acompaño a casa, te dejo sana y salva en el portal y me despido cordial, educada y galantemente.

—¿Después del lamentable espectáculo que te he ofrecido, no preferirías huir despavorido?

—No bailas tan mal.

Mira qué bien, la sonrisa cautivadora ha vuelto.

—De acuerdo. Le digo a Ibrahim que hoy libra.

—Toma. De paso paga la cuenta.

Bueno, a ver dónde nos lleva esta historia. Espero no tener que

verme las caras con el energúmeno de su ex. El tal Ibrahim impone bastante más respeto que yo. Ya le debe estar informando de que hoy no tendrá que acompañarla a casa, porque me está mirando con cara de pocos amigos. Parece que lo oigo diciéndome: "Amigo, como le pase algo a Yasmina, voy a cortarte en pedacitos y a ensartarte en un pinchito especial de la casa".

—Vamos. Lo que pueda pasarme a partir de ahora será responsabilidad exclusivamente tuya.

—Muy alentador. He visto a Ibrahim con ganas de tener motivos para incorporar un nuevo plato en la carta: pinchito de cretino.

—Así ya sabes que te tienes que tomar muy en serio lo de cuidarme.

—Faltaría más.

Ya estamos en la calle. De repente no sé qué decir. Parece como si al abandonar la protección del restaurante la magia se hubiera esfumado. No se me ocurren nuevas frases ingeniosas. Quiero ser simpático y agradable, pero ahora tengo la incomodísima sensación de que cualquier cosa que diga será una estupidez vacía y sin sentido. No puedo imaginarme lo que es vivir con el miedo en el cuerpo de que en cualquier esquina, camuflado entre las sombras, puede aparecer un tipo desequilibrado cuyo único objetivo es hacerme daño. Sin duda, Sandra es muy valiente. Me alegro de haberla encontrado, pero ahora tengo la impresión de que volvemos a ser absolutos desconocidos.

—Perdona Pau, no he sido justa contigo.

—¿Qué...?

—He aprovechado tu sinceridad para bombardearte con una historia muy chungu, pero que ni te va ni te viene. Te he metido en un compromiso y no tenía derecho a abrumarte de esa manera.

—Creo que ya sé lo que quiero hacer.

—¿Cómo...?

—Con mi vida. Ya sé qué quiero hacer, adónde quiero ir.

—Ah, muy bien. Eso es bueno.

—En realidad, sólo tengo clara una parte, la del sitio donde vivir.

—Por algo se empieza.

—Me gustaría ir a la montaña, a algún pueblecito del Pirineo donde prisa y estrés sean palabras sin sentido, y donde la simple contemplación del paisaje sea motivación suficiente para afrontar

cada día con el ánimo a tope.

—Suená bien. Pero tendrás que ganarte la vida con algo. A no ser que seas asquerosamente rico.

—Ojalá, pero no. Podría tirar un tiempo de ahorros, pero acabaría necesitando un sueldo. Así que la cuestión es acotar un poco el territorio al que me gustaría mudarme y buscar algún pueblo con suficiente actividad para ganarme la vida con algún trabajillo.

—Déjame pensar... Puede que conozca a alguien que pueda asesorarte e incluso, quién sabe, proporcionarte trabajo. Sí, ahora me acuerdo. Dídac, un amigo de hace mucho tiempo, al que hace siglos que no veo, montó una empresa de turismo activo cerca del Pirineo. Creo que conservo su teléfono. Si quieres lo llamo y le pregunto si le puedes dar un toque, aunque, la verdad, no sé cómo le va; ni siquiera si continúa abierto el negocio.

—Pues sería un puntazo.

—Ok, hablo con él y te digo algo lo antes posible...

“¡GUAU, GUAU! ¡GUAU, GUAU!”

—¡Un perro! ¿Cómo ladra, no? Va a despertar a todo Dios.

“¡GUAU, GUAU! ¡GUAU, GUAU!”

—Pues sí, el tío no para.

“¡GUAU, GUAU! ¡GUAU, GUAU!”

—Le debe pasar algo. Mira, parece que nos quiera decir algo.

—Vaya, ahora resulta que además de mover las caderas, también entiendes el idioma canino.

—No, en serio, nos mira sin dejar de ladrar y parece muy inquieto, indeciso...

—¿Nos acercamos?

“¡GUAU, GUAU! ¡GUAU, GUAU!”

—Ten cuidado, no parece agresivo, pero quién sabe.

—¿Qué pasa, chuchó? ¿Por qué ladras así a estas horas?

—¡Mira! Ve que nos acercamos y se gira para que lo sigamos.

—Se mete en el callejón junto a la iglesia.

“¡GUAU, GUAU! ¡GUAU, GUAU!”

—Que sí, que ya vamos. Tranquilo, perrito.

—A ver qué nos vas a enseñar...

—Se para junto a esas jardineras. Ahí hay algo.

—El perro ha dejado de ladrar, pero ahora se está quejando. Tiene



que haber algo importante para él.

—A ver perrito, déjame que mire... ¡Coño! ¡Si es un hombre! Oiga, ¿se encuentra bien?

—Debe de ser su dueño, seguramente un vagabundo.

—¡Oiga, señor, despierte!

—No responde...

—Creo que deberíamos llamar al 112.

—Ya estoy marcando... Hola, hemos encontrado a un hombre tirado en el suelo, y parece que se encuentra bastante mal... Mmmm, a ver, es la calle de l'Església, en Gràcia, al lado de la plaza de la Virreina...

—Es la iglesia de Sant Joan.

—De acuerdo, esperamos aquí. Gracias... Dicen que mandan una ambulancia y que ahora se acercará una patrulla de la Guardia Urbana.

—Ok. El payo tiene muy mala pinta. Pobre hombre. Eso sí, el perro no se aparta de su lado.

—Los animales tienen un sexto sentido para estas cosas. Dicen que prevén las enfermedades y presienten cuándo una persona está a punto de morir.

—Bueno, bueno, habría mucho que puntualizar al respecto.

—¿No te lo crees? Yo he sido testigo con estos ojitos. Mi abuela tenía una perrita de esas pequeñas, peludas, con la nariz chata y cara de mala ostia, pero era muy cariñosa.

—Una pekinés.

—Pues eso sería, es que soy muy mala para las razas de perros. Yo sé que son perros; ahora, si son pastores alemanes, chihuahuas o doberman, ni idea.

—Jo, pues no hay diferencia entre un chihuahua y un pastor alemán...

—Bueno, déjame contarte la historia. El caso es que la perrita, que normalmente iba bastante a su bola, después de trepientos años viviendo con mi abuela, que se quedó viuda bastante joven por culpa del cabrón de Franco, pero eso es otra historia.

—Respira, mujer.

—Pues a la perrita, Lali se llamaba, de repente un día le dio por no apartarse de mi abuela, que era mayor pero estaba fuerte como un roble. La seguía a todas partes y no paraba de llamar su atención

y de darle lametazos. Mi abuela vivía con nosotros y por eso fui testigo de la historia. Pues resulta que de golpe y porrazo, ese mismo día, le dio un infarto y se murió allí mismo, con la perrita al lado. No hubo nada que hacer, el infarto fue fulminante. El cambio en el comportamiento de Lali está claro que tuvo que ver con lo que iba a pasar. La pobre perrita no lo superó. Quedó destrozada. Se pasaba los días y las noches quejándose como lo está haciendo ahora el perro de este hombre, y aunque la mimamos un montón, una semana después de la muerte de mi abuela, ella también se murió... de pena... Joder, me pongo muy triste de recordarlo, y eso que han pasado como quince años.

Como para decirle ahora que lo de la perra pudo ser casualidad. No tengo intención de abrir un debate sobre las percepciones extrasensoriales caninas después de una historia tan conmovedora. Además, tenemos aquí a un tío que puede que haya pasado a mejor vida.

— Vaya, lo siento.

— No pasa nada, es que soy un poco tonta... Mira, por allí viene un coche de policía y también la ambulancia.

— Han sido bastante rápidos.

— Ojalá este hombre se ponga bien, me da pena el perro.

— Vaya, muy considerado por tu parte pensar en el bienestar de Rantamplán.

— ¿De quién?

— Rantamplán. El perro de Lucky Luke.

— ¿Y ése quién es?

— ¡Va! No me creo que no conozcas a Lucky Luke. ¿Te suenan los hermanos Dalton?

— Ni idea. No veo la tele.

— En fin... Son personajes de cómic. Hicieron una serie de dibujos animados, pelis de dibujos e incluso un par con actores reales. Pero, ¿por qué te estoy hablando de esto?

— No sé, pero por lo que se ve es algo muy importante conocer a los personajes de ese cómic.

— Ya están aquí.

— Buenas noches. ¿Han llamado ustedes al 112?

— Buenas noches. Sí, hemos encontrado a este hombre en el suelo, y

creemos que se encuentra bastante mal.

– Ya veo... Muchas gracias, ahora apártense un poco para que pueda intervenir el equipo de emergencias. ¿Me pueden dar sus nombres para redactar el informe?

– Sandra Velázquez Trujillo.

– Pau Valverde Garriga. ¿Podrán decirnos cómo está el hombre y dónde lo llevan?

– Ahora le preguntamos a los chicos de la ambulancia.

– Pau, ¿qué pasará con el perro?

– Pues...

– Si no tiene un sitio donde quedarse, al perro lo tendremos que llevar a un centro de acogida de animales abandonados.

– Pobrecito.

– Ostras, Sandra, no me mires así. ¿Qué puedo hacer yo por el animal?

– Si yo pudiera, me lo quedaría, por lo menos mientras se recupera su dueño. Pero si me presento en el piso con un perro, mis compañeras me echan a patadas. Ya han hecho mucho acogíendome a mí.

– ¿Y qué te crees que haría Amanda conmigo?

– Ya...

– Un momento... El piso es mío y puedo hacer lo que me dé la gana en él. Es más, me quedo con el perro.

– Así se habla. Los pantalones bien puestos.

– No hagas coña, a ver si me voy a arrepentir.

– Que no hombre, que eres un tío genial. Mira, ya llevan al hombre a la ambulancia.

– ¿Agente? Lo hemos podido estabilizar, pero está inconsciente. Lo llevamos a Sant Pau. Es un hombre mayor, probablemente con alguna enfermedad, y vivir al raso le ha acabado pasando factura.

– Muy bien. Gracias... Lo han oído, ¿verdad?

– Sí, parece que de momento le han salvado la vida.

– ¿Qué hacemos con el perro, entonces? Porque al hospital no se lo dejarán llevar.

– Me lo quedaré yo, hasta que su amo se recupere.

– De acuerdo, lo haré constar en el informe. Me tendría que dar su dirección, por si necesitamos ponernos en contacto con usted.

Ahora no me pondré a explicarle que tengo previsto fugarme más

pronto que tarde a algún sitio perdido en las montañas.

—Sin problema: calle Santa Àgata, número 8, segundo primera.

—Muy bien, eso es todo. Le recomiendo que lleve al perro al veterinario tan pronto como pueda para que le hagan un reconocimiento.

“¡AUUUUUUUU!” “¡AUUUUUUUU!”

—Pobrecito, se va la ambulancia y ya echa de menos a su dueño.

—Me parece que me va a tocar pasar una noche movidita.

—¡Cógelo! ¡Que se va detrás de la ambulancia!

—¡Ven aquí, colega!

“¡GUAU, GUAU, GUAU!” “¡AUUUUUUUU!”

—Sí, ya lo sé. No te preocupes, que tu dueño se va a poner bien y pronto volverás a estar con él. De momento, vas a pasar unos días conmigo, bajo techo y comiendo whiskas, que creo que es algo que no has hecho en tu vida. Serán como unas vacaciones.

—¿Cómo le vas a llamar?

—Pues no sé, no creo que deba ponerle ningún nombre porque ya tendrá el que le haya puesto su dueño.

—Pero de alguna manera tendrás que llamarlo.

—¿Perro?

—Muy gracioso. Va, en serio, vamos a ponerle un nombre.

—No estoy yo precisamente lo que se dice inspirado en estos momentos. Y además, al animalito no se le ha olvidado que se han llevado a su amo y en cualquier momento se pone a correr como un poseso tras la ambulancia.

—¡Ya lo tengo! En recuerdo de esta extraña pero memorable noche, sugiero que deberíamos llamarle... tachán, tachán... ¡Falafel!

—Muy apropiado, tiene una pinta de albóndiga que asusta.

—Qué dices. Yo creo que le pega.

—Claro que sí. Hala, adjudicado. Falafel, vamos a casa, que seguro que tienes hambre.

—Gracias, Pau. Esta noche te estás ganando el cielo.

—Ya... Reemprendamos la marcha, que después de dejarte sana y salva en tu casita me temo que me espera un cielo bastante infernal en la mía.